10625

ANTONIO L. BUENRETIRO

¿TÉ O CAFÉ?

BOCETO DE COMEDIA

ORIGINAL Y EN PROSA

Copyright, by Antonio L. Buenretiro, 1916

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

D. Ramon Peiro
mi querido Jefe, con todo
el cariño, respeto y gratitud
de su afmo. subo. Fdo. L. Bynueta
3-II-16

¿TÉ O CAFÉ?

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¿TÉ O CAFÉ?

BOCETO DE COMEDIA EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO L. BUENRETIRO

Estrenado con éxito extraordinario en el TEATRO INFANTA ISABEL la noche del 5 de Febrero de 1916

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
RICARDA (20 a 25 años).....	SRTA. PALOU.
JULIANA (doncella de servicio).....	SRA. CAMARERO.
CARLOS (esposo de Ricarda; 38 a 40 años).....	SR. HERNÁNDEZ.
PEPÍN (23 a 25 años).....	VILCHES.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las d l actor

ACTO UNICO

Sala-comedor lujosa, de una casa particular. En lateral derecha, un balcón cubierto con stor. En lateral izquierda puerta practicable cubierta por colgaduras, que da paso a otras habitaciones. En el foro dos puertas, también practicables, siendo la de la izquierda, la que se supone que da acceso a esta habitación llegando a ella desde la calle. En el entrepaño que separa las dos puertas del foro, un aparato telefónico. Casi en primer término y próxima a la puerta de lateral izquierda, una mesa para cuatro cubiertos, provista de mantel lujoso. En el centro de la mesa, un jarrón o florero con flores. Es de noche. Una lámpara colgada en el centro de la habitación, ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

RICARDA y JULIANA

Al levantarse el telón aparece Ricarda hablando por teléfono. A alguna distancia de ella se encuentra Juliana

RIC. Sí... sí... en eso estamos conformes, pero... no me negarás que es muy natural que yo no ría con la gana que tú lo haces... De acuerdo.. ¡Divertidísimo! Pero... Oye, oye, ¿de veras que no pasará nada? ¿Me lo prometes?... ¡No seas así, por Dios!... ¡Qué manera de reir!... Sí. Aquí está. (Volviéndose para mirar a Juliana.) ¡Ah!... Hasta hace un momento, sí. Aguarda y te lo diré. (Hace un signo a Juliana que se aproxima al balcón y levantando delicadamente el stor, mira hacia la calle)

608415

JUL. Sigue en el mismo sitio.

RIC. Que sigue... ¿Lo has oído?... Bueno. Como tú quieras... ¿En seguida, en seguida? Entonces... Adiós. No, no, no. No admito nada tuyo a distancia. Convenido. ¡Adiós! (Cuelga el aparato.)

ESCENA II

RICARDA y JULIANA

RIC. (A Juliana.) Tengo miedo. No lo puedo remediar.

JUL. Pues yo no, señorita.

RIC. ¡Es muy peligroso! Tú no sabes...

JUL. Debe ser muy divertido.

RIC. ¡Quién sabe!... (Pausa.) ¿Y el hombre, impertérrito?

JUL. ¡Tan decidido! Apenas me aproximo al balcón, ya está haciendo señas.

RIC. ¡Qué ridiculez, y qué osados son algunos hombres!

JUL. Sí que lo son, señorita, y éste, por lo que yo le he oído...

RIC. Pero, vamos a ver; ¿qué motivos le he dado yo para esta persecución y qué idea tendrá formada de una mujer casada?

JUL. ¡Creerá que usted no lo es!

RIC. ¿Cómo va a creer eso, cuando está en continuo acecho para presentarse, así que mi marido está fuera de casa y atreverse, algunas veces a seguirme, aún yendo acompañada de Carlos?

JUL. Eso creerá él que son méritos, señorita.

RIC. Para que le rompan alguna costilla.

JUL. (Riendo.) ¡Pues se iba a quedar arreglado!

RIC. (Como venciendo una indecisión.) El caso es... No sé qué hacer... ¡Ea! (Con resolución.) Mira, Juliana... Acércate al balcón y hazle señas con la mano para que suba, si es que se atreve. Puede creer que es cosa tuya, porque de ti, ¡vete a saber lo que habrá pensado también!

JUL. ¿Por fin se decide usted? ¡Claro! (Se dirige resueltamente al balcón deteniéndose antes de llegar a él.)

RIC. ¿Qué?...

JUL. Ahora soy yo la que tiene miedo.

RIC. ¡Pues es lo único que nos faltaba! Déjalo para otra ocasión y haz lo que te digo.

JUL. ¡Señorita! ¡Señorita!

RIC. ¡Vamos, mujer! Ya sabes que nada va a pasar.

JUL. (Levantando el stor y sin volverse hacia donde está su señorita cuando habla con esta.) Ya me ha visto.

RIC. ¿Y qué hace? ¿qué te dice?

JUL. Yo no lo entiendo. No hace más que alargar la barbilla y guiñar un ojo.

RIC. ¡Debe estar muy feo en esa actitud! (Riendo.)

JUL. Ahora cruza la acera y se pone aquí debajo.

RIC. Esta es la ocasión.

JUL. Se lo digo por señas, ¿verdad?

RIC. ¡Claro, mujer!

JUL. (Después de hacer señas.) Ya está... ¡Ay, señorita!... ¡Se dirige al portal!... ¡Ya debe estar entrando!... ¡Ay, Dios mío!... (Sentándose.)

RIC. ¡Calla, mujer, que tengo yo más miedo que tú!...

(Quedan las dos en silencio denotando por sus actitudes algún temor. Suena un timbre.)

JUL. ¡Ya está ahí! ¿Quiere usted que no abra?

RIC. Eso no. Ya es tarde. Abre y estate con cuidado.

JUL. Voy allá. (Cómicamente.) ¡Ay, Jesús! (Sale.)

ESCENA III

RICARDA y PEPÍN que aparece precedido de JULIANA que se retira al hacerle indicaciones de ello con cierta malicia Pepín

PEPÍN (Desde la puerta.) Señora... Yo no sé cómo decir a usted, cuanto agradezco...

RIC. (Reponiéndose.) ¡Caballero!... Ignoro el por qué de su agradecimiento y supongo que vendrá usted en busca de mi marido.

PEPÍN Señora... A su marido le he visto salir de aquí. Sé que no está en casa.

RIC. ¿Entonces?...

PEPÍN No pienso ocuparme de él, pues si alguna vez lo he hecho, ha sido para envidiarle.

RIC. Gracias en su nombre. (Con sequedad.)

PEPÍN (Con despreocupación.) No hay de qué... Envidiar al hombre que tiene por esposa a la mujer mas ideal que pisa la tierra, es una envidia que denota buen gusto.

RIC. Mejor gusto denota... y hablemos claro, señor mío, respetar a la mujer del prójimo y no comprometerla con persecuciones impertinentes y peligrosas.

PEPÍN Nada de cuanto usted diga, aunque se lo proponga, puede impresionarme desagradablemente... porque... (Aproximándose a ella con cierta violencia.) estoy loco por usted, la adoro desesperadamente y... sus reproches serán caricias para mí, y sus desdenes, nuevos incentivos para mi amor.

RIC. (Con dignidad.) Ruego a usted, en el tono que más le convenga, que no emplee un lenguaje, para el que por mi parte, no tiene motivos y... repare que es una señora casada la que está en su presencia, a la que ha llegado usted osadamente, e ignoro, aunque me lo presumo, qué con la complicidad de alguien de esta casa.

PEPÍN Cada uno llega como puede. Lo principal es llegar y... usted comprenderá que una vez aquí no puedo hablar... (Acercándose mientras ella retrocede) sino de usted.

RIC. Suplico a usted, fíjese bien, se lo suplico, que modere sus impulsos y no dé lugar a que grite. ¡Salga usted! Es mejor.

PEPÍN ¿Pero cree usted que una vez a su lado, basta decir: «váyase usted» para que uno, aunque lo intente, pueda hacerlo? No, ¡por Dios!... Pídame, qué digo pídame, ordéneme usted lo más absurdo, lo que crea más difícil, lo que considere bastante para conocer a un hombre frenéticamente enamorado y .. lo haré sin vacilaciones, sugestivamente, con resolución inquebrantable, pero... pedir que me separe de usted, cuando viéndola, creo que dejaría mi vida al dejar a usted, es crueldad, es... no saber a donde llega un hombre apasionado.

RIC. El hacer lo que usted hace y ha hecho, sí que es no saber a dónde llega un hombre digno y apasionado. Ha olvidado usted que soy casada, vuelvo a repetirle, y que otro hombre, puede apreciar, con legítimo derecho, lo que usted elogió hace un instante y siendo así... ¡figúrese usted qué no haría con el que tratase de perturbar su felicidad!... Salga usted y olvide esta locura. Sea razonable y colóquese a distancia de estos riesgos que usted, como todos, tendrá reservada la parte de felicidad que le corresponda.

PEPÍN La oigo a usted... y su voz... sus gestos... sus miradas, parece que se encargan de negar lo que afirman sus palabras...

RIC. ¡Caballero!

PEPÍN Señora... le ruego que me escuche y disculpe mi insistencia. He averiguado cuanto a usted se refiere, no por indiscreta curiosidad, sino por interés de confirmar mis sospechas, y...

RIC. (Alarmada.) ¡Sus sospechas dice!...

PEPÍN No se alarme usted, que va a conocerlas. Sé que está usted casada, con un hombre educado en el extranjero, y que cuenta veinte años lo menos más que usted.

RIC. ¡Qué atrocidad!

PEPÍN Un hombre extraño a nuestro temperamento. Un hombre frío, incapaz de apreciar las exaltaciones de una mujer joven y delicada como usted. Un hombre, en fin, que seguramente ha escrito sus cartas de amor, en papel comercial.

RIC. Las ha escrito en papel, como todo el mundo, y para mí, mejor que todo el mundo. ¿Acaso usted las escribe sobre «papirus?»

PEPÍN Yo las escribo... sobre el corazón. Un corazón que nunca me ha engañado y ahora me dice: «¡Pepín, Pepín, he aquí tu felicidad!»

RIC. (Riendo.) Y yo que tampoco he engañado a usted nunca, le digo también: ¡«Pepín, Pepín, váyase usted. Lo demás es temerario.»

PEPÍN Sería una cobardía, de la que me acordaría siempre para avergonzarme. No he tenido

miedo nunca a nadie y no es esta la ocasión de debutar con él.

RIC. Es que si usted no lo tiene, ni lo ha tenido, yo lo tengo por los tres.

PEPÍN ¿Por los tres?

RIC. Sí, señor, por los tres. Por mi marido, por mí y particularmente por usted.

PEPÍN Tranquilícese entonces. (Tomando asiento con gran osadía y despreocupación, mientras Ricarda hace gestos alarmada. Pausa. Suena un timbre.)

RIC. ¡Dios nos ampare!

PEPÍN (Cómicamente.) ¡Caray!

ESCENA IV

DICHOS y JULIANA entrando azorada

JUL. ¡Señorita! ¡Señorita! ¡Es el señor!

PEPÍN (Levantándose) ¡Caray! ¡Caray!

RIC. Y ahora... ¿qué hacemos, caballero?

JUL. ¡Vaya un compromiso, señorita!

PEPÍN (Azorado) Si a usted le parece, diremos que he venido...

RIC. Ya lo verá.

PEPÍN ...que traigo una visita de unos amigos...

RIC. Sería inútil.

(Vuelve a sonar el timbre)

JUL. ¡Que si tardo, se enfada, señorita! ¡¡pronto!!

PEPÍN Eso digo yo... pronto... pongámonos de acuerdo.

RIC. Vé a abrir. (A Juliana.)

JUL. Pero.. ¿y el señorito?...

PEPÍN ¡¡Yo!! (Asustado.)

RIC. (Indicándole la puerta derecha del fondo.) Pase usted ahí y ¡quieto!

JUL. (Al ver entrar a Pepín, se lleva la mano a la boca para contener la risa y sale. Ricarda cierra cuidadosamente las colgaduras de la habitación en que entró Pepín.)

ESCENA V

RICARDA y CARLOS, que trae un paquetito en la mano

Durante esta escena se deja en libertad al actor encargado del papel de Pepín, para que por entre las colgaduras de la habitación en que se encuentra haga el juego, en gestos, movimientos y actitudes, que lleguen al público y que convengan a las situaciones creadas por el diálogo de los otros personajes, cuidando siempre ocultarse de Carlos

CAR. (Entrando.) ¡Buenas noches, nenita!

RIC (Abrazándole cariñosamente.) ¡Carletes de mi alma!

CAR. (Correspondiendo efusivamente al abrazo y sin soltar el paquete.) Hoy te preparo una sorpresa con el postre de la cena.

RIC. ¿A que lo adivino?

CAR. Me parece que no.

RIC. ¿Que me das si lo acierto?

CAR. Pues te doy... el postre. Ya comprenderás que no es el de ordinario, cuando te he hablado de sorpresas y la razón de que no lo sea, está en que he traído distinto camino.

RIC. Esa es entonces la sorpresa. Ya no me interesa el postre. (Mimosa.) Dime, ¿dónde has ido?

CAR. Fuí a la sala de armas. Estuve en casa del maestro Lancho. Hacía algún tiempo, desde mi regreso de Londres, que no practicaba ningún ejercicio en forma debida y he creído conveniente reanudarlo con la esgrima, pero... volvamos al postre.

RIC. No. Dejemos eso. (Preocupada.) ¡En la sala de armas! (Pausa.) Dime, Carlos, ¿no hay otro motivo que el del ejercicio, al presentarte en ese sitio?

CAR. ¡Qué niñada! Ninguno, bien mío. En mis tiempos de Inglaterra, fuí un buen tirador. Tuve gran afición, constancia y según decían, condiciones. Como comprenderás, basta con esto, para que quiera conocer el papel que hago entre los «amateurs» de por acá.

RIC. ¿De veras? ¿No es más que eso?...

CAR ¡Y tú me preguntas que si es de veras! ¿Cuándo empleo yo para ti otras palabras que las de la verdad?

RIC. Es cierto, Carlos mío, pero... si no por ti, cuya prudencia es la de todos los hombres dignos y valerosos, temo sin embargo, porque nadie está libre de un provocador imprudente o pendenciero.

CAR. Contra esos no son necesarias las enseñanzas de la esgrima. Allá empleamos procedimientos más expeditivos e inmediatos. El boxeo del que me has oido hablar, es un arte de ataque y defensa, para romperle los huesos a cualquier mortal, con todas las reglas aprendidas a fuerza de cuidado y coscorrones. ¡Es magnífico! Yo le dediqué en mi vida de sport los honores de la predilección.

RIC. Pero eso no se practica aquí en España.

CAR Di más bien que no se enseña, porque aplicarlo, se puede aplicar en cualquier latitud.

RIC. Siempre es mejor no tener que servirse de esas enseñanzas.

CAR. De acuerdo, pero no me negarás que es conveniente poseerlas.

RIC. (Zalameramente.) Yo no la sé, ni me preocupan y te he oído en algunas ocasiones, que allí son bastantes, las mujeres iniciadas en ese juego. ¡A mí me daría horror!

CAR. (Enamorado.) Tú eres una mujercita muy mona que ha aprendido otro arte más difícil, que es el de ser encantadora y querer mucho a su marido.

RIC. Que no dará nunca disgustos de esa ni otra naturaleza a su mujer, teniéndolo presente.

CAR. Siempre que ésta no olvide que, una necesidad imprescindible, para cualquier estómago, correspondiente a un organismo que conozca o no el boxeo, es la de cenar y...

RIC. Tienes muchísima razón, porque con mi charla olvido lo esencial... (Toca el timbre. A Juliana que se presenta.) Dispón la cena.

(Desde este momento lo efectúa Juliana entrando y saliendo con la oportunidad requerida.)

JUL. En seguida.

RIC. (Entregándole el paquete que llevó Carlos.) Llévate esto para servirlo con los postres.

CAR ¿No quieres verlo antes, ingrata?

RIC. Me preparo para la sorpresa. Cuanto más la espero, mayor es mi ilusión. ¡Qué bobadas! ¿verdad, Carlos?

CAR. Mayores que las mías no puedes tenerlas; pero yo me las disculpo porque he aprendido que casi todas las cosas tienen un aspecto subjetivo, que es el que las da o quita importancia, y tratándose de ti, no sé donde termina el chiquillo sin juicio y empieza el hombre formal. ¡Te quiero tanto, tanto que!...

RIC. Te vas aproximando a lo que yo siento por ti.

CAR. (Cogiéndole las manos amorosamente y dirigiéndose en esta actitud, distraidamente por parte de Carlos, a la habitación en que está Pepín.) ¡Aproximándome nada más!

RIC. ¡Y si supieras cuanto vale esa aproximación! (Cubriendo con su cuerpo la puerta de la habitación en que se haya Pepín y echando los brazos al cuello a Carlos.)

CAR ¡Ricarda! ¡vida mía! (Tratando de abrazarla.)

RIC. (Señalando a Juliana) ¡Cuidado!

JUL. Cuando gusten los señores.

CAR ¡Andando! (Se levantan ambos, sentándose a la mesa de tal modo, que Carlos presente la espalda a la habitación en que está Pepín.)

RIC (Sirviéndole.) ¿Tienes apetito?

CAR. Formidable.

RIC. Me alegro, me alegro mucho. ¡Si vieras cuanto me contenta ese síntoma de buena salud!

CAR. La mía fué siempre inmejorable.

RIC. También yo puedo decir lo mismo.

CAR. No tiene nada de extraño. Si así no fuera, no podríamos ser tan felices, y el serlo es una profilaxis casi segura.

RIC. Oye, Carlos. ¿No te ha ocurrido alguna vez pensar en que, por cualquier circunstancia independiente de nuestra voluntad, hubiese una interrupción en éste vivir dichoso?

CAR. A mí, no. ¿Y a ti?

RIC. Yo... sí, y tal vez lo he pensado porque lo sentiría más.

CAR. Pues vive contenta y desecha esos temores. No se amaría tanto la vida si de continuo recordásemos la muerte.

RIC. ¡Hay tantos que empezaron como nosotros y acabaron de tan distinto modo!

CAR. Se querrían menos.

RIC. Pero no lo pensarían ellos así.

CAR. Y más tarde sin pensarlo, se demostraría. Mira, yo recuerdo un caso, pero...

RIC. Cuéntameio.

CAR. No es nada agradable. Dejémoslo.

RIC. Ya sabes que soy muy curiosa y te escucho con mucho interés. Tienes cierto talento de narrador...

CAR. Pues... vaya por el interés. (Pausa prolongada.) Conocí yo en Liverpool, un matrimonio joven y rico formado por dos yankees. Ella pertenecía a ese tipo elegido de las norteamericanas que no encuentran rival en hermosura entre las mujeres de otros países. Alta sin exageración, proporcionada de carnes y más bien inclinándose a una delgadez verdaderamente distinguida. Sus cabellos rubios, más que rubios dorados, orlaban coronando un óvalo perfecto de carne como el nácar. Sus ojos, muy luminosos, eran verdes, de mirar ingenuo y candoroso, bonitos, muy bonitos, pero... menos que los tuyos.

RIC. (Con curiosidad.) ¡Qué tonto!... Sigue... sigue.

CAR. Había en aquella mujer, y en grado sumo, ese aire de inocencia, de infantilismo, más bien, que es para los hombres el mayor atractivo. Su voz era el complemento de sus gracias. Acariciaban sus palabras. Perdóname que, por una vez, diga que jamás oí otra igual.

RIC. Perdonado y adelante.

CAR. El marido ¡cómo no! adoraba a su mujer y su amor, mas que amor, era una obsesión, que alguna vez, hizo que perdiese la tradicional sangre fría de los de su raza, ya con arrebatos coléricos y alarmantes, ya con mimoserías inoportunas. Era un hombre joven y fuerte, honrado, trabajador, dueño de un

gran capital y disculpablemente celoso... No te describo su físico, porque yo en ellos, reparé siempre poco y por dejarte en libertad, de que otra vez, al referirme tú algo, me describas a alguno, con la proligidad que yo he puesto en la mujer.

RIC Aceptado.

CAR. Creíamos las gentes de su trato, que fatalmente, habría de ocurrir algo desagradable en aquel matrimonio, pues se advertía una desproporción de afectos entre ellos. El, como te he dicho, la amaba rudamente, con pasión irrefrenable, sin medida; ella, más dueña de sí, se ignora lo que sentiría en otros tiempos por su marido, ya que al final se vió...

RIC. ¿Qué se vió al final?

CAR. Que no le quería.

RIC. Pues ¿cómo se supo?

CAR. Del único modo en que se puede asegurar. Tenía un amante.

RIC. (Asustada.) ¡Qué horror! No sigas, Carlos.

CAR. Ya te advertí, antes de empezar, que no era agradable mi sucedido. Lo dejaremos.

RIC. No, no. Prefiero que continúes.

CAR. (Reparando que Ricarda ha dejado de comer.) Si te abstraes de tal modo que no comes, lo doy por terminado.

RIC. Seré razonable. Sigue.

CAR. Entre las amistades del matrimonio, figuraba un francés catalogado entre los irresistibles. Un verdadero ente, cuya única ocupacion debía ser la de amador furtivo. Fatuo, superficial y majadero, son condiciones que trastornan a muchas mujeres que, indudablemente, están tan por bajo, que no alcanzan ni estos defectos. Y una de ellas era la yankee.

RIC. ¡Infeliz!

CAR. Para un hombre celoso, siempre hay un propicio a explotar su enfermedad, y alguno, conocedor de su fortuna, vió el filón, quiso aprovecharlo y por el ruin interés del dinero, descubrió, lo que la pasión celosa del marido jamás había podido ver, sino en las fiebres de su desconfianza.

RIC. ¡Qué bajeza y cuanta maldad!

CAR. Un día trágico y con la horrible convicción de su desgracia, el esposo finge un viaje por algunos días, y la mujer, incauta y liviana, acuerda recibir a su amante por la noche. Todo lo había dispuesto con feroz calma el marido, y sorprendidos en flagrante delito delito de adulterío, el francés, al que hirió en los primeros momentos, y la yankee, amarró a ésta, a su mujer, a uno de los barrotes del lecho de la infamia, y en su presencia y a su vista, dió la más espantosa de las muertes al seductor, en tanto que la infeliz mujer perdía la razón y con ella el color de sus cabellos, que, de oro y fuego, pasaron rápidamente a la fría blancura de la nieve.

RIC. ¡Dios mío, qué horror!

CAR. Grande fué el delito, pero tampoco anduvo reacio el ofendido, al aplicar el castigo.

RIC. ¡Fué cruel, inhumano y vengativo!

CAR. Era un pobre loco enamorado.

RIC. Ni aún así es disculpable su crueldad.

CAR. ¡Dios nos libre de situaciones tan dolorosas!

RIC. ¿Acaso hallas tú, disculpas o atenuaciones para semejante atrocidad?

CAR. ¡Qué sé yo, Ricarda mía! Hay pasiones tan hondas, tan sentidas, tan firmes, que son toda nuestra vida. Si al que trata de despojarte de algo tuyo que puede recuperarse o sustituirse, das muerte, al sorprenderle en el robo, y esto tiene atenuantes y a veces eximentes, ¿cómo no las va a tener el que mata, aunque sea con ensañamiento, al ladrón que le roba lo que jamás puede resti, tuir? (Exaltándose) ¡Yo mataría, asesinaría-haría pedazos, con toda la crueldad que pusieron en la ignominia!

(Al oir esto, Pepín pretende escapar aprovechando la postura de Carlos y vuelve a su escondite como consecuencia de otro movimiento de aquél, que bien puede ser el de recoger la servilleta que en el momento de exaltación anterior, arrojó bruscamente al suelo.)

RIC. (Levantándose de la mesa muy asustada.) ¡Carlos, por Dios!

CAR. Perdón, Ricarda, un momento de olvido,

basta para que se asome a nuestro pesar, la bestezuela que todos llevamos dentro. Te pido perdón nuevamente.

RIC. Nada he de perdonarte. Soy medrosa y como jamás te he visto tan excitado, he llegado a asustarme como una colegiala.

CAR. ¡Qué torpeza! ¿No sigues cenando?

RIC. No, tomaré el té y nada más.

CAR. (A Juliana) Prepare usted el té para la señorita.

JUL. ¿Y el señor?

CAR. Yo, tomaré café.

JUL. Está bien. (Haciendo intención de retirarse. Pausa larga.)

CAR. (A Juliana.) Oiga, Juliana. Pregunte a ese señor (Señalando la habitación en que está Pepín) qué quiere tomar.

(Al oir estas palabras de Carlos, puede verse a Pepín caer al suelo produciendo algún ruido.)

JUL. (Conteniendo la risa y dirigiéndose a la habitación de la que separa las cortinas, apareciendo en el suelo casi en cuclillas y tembloroso, Pepín.) Mi señor pregunta, que es lo que más le agrada, ¿te o café? (No obteniendo respuesta. A Carlos.) Señorito, está en el suelo y no contesta.

CAR. ¿Dice usted que está en el suelo? entonces es que querrá tomarlo a lo oriental. Insista usted.

JUL. ¿Prefiere té o café, señorito? (Ante el silencio de Pepín.) Ya lo ve usted, señorito, no contesta.

CAR. ¡Es natural! No está acostumbrado a recibir invitaciones de la servidumbre. Verá usted. (Levantándose de la mesa y dirigiéndose a Pepín que al verle llegar se levanta con gran rapidez y del modo más cómicamente posible.) Verá usted cómo ahora acepta. La doncella ignora sus preferencias. ¿Té o café?

ESCENA VI

DICHOS y PEPÍN

PEPÍN (Balbuciendo.) ¡Ca... ba... lle... ro! ¡Ca... ca...

CAR. (Con gran calma. A Juliana.) Café, ya lo oye usted.

RIC. (A media voz.) Carlos, ¡por Dios!

CAR. (En el mismo tono.) Nada temas. (Haciéndole un gesto para que se retire. Sale Ricarda. A Pepín.) No le invité a cenar porque supuse que usted, hombre prevenido, ya lo habría hecho, pero... una taza de té o café, puede tomarse a cualquier hora. ¿No está usted conforme conmigo?

PEPIN (Hace signos afirmativos con la cabeza.)

CAR. ¡Naturalmente! Puede ocurrir también que no tenga usted costumbre de tomarlo a esta hora, pero un extraordinario de infusorios, no perjudica, ¿verdad?

PEPÍN Ca... ba... lle... ro...

CAR. No se esfuerce usted ni guarde etiquetas, porque yo le voy a tratar con toda llaneza y a mi satisfacción. No sé si a la de usted, pero espero conseguirlo, dejándole recuerdo (Esta frase debe coincidir con un movimiento de sacar el pañuelo o algún otro objeto que Pepín confunda con algún arma.) de esta buena noche, por si lo quiere contar.

PEPÍN (Asustado.) Yo le suplico a usted que...

CAR. Lo dicho, veo que es usted persona tan fina que ni aún brindándole con la franqueza, prescinde de las frases amables.

PEPÍN Yo quisiera que...

CAR. (Adelantándose.) Lo que usted quiera. (Llamando.) ¡Juliana!

PEPÍN No. . sino...

CAR. ¿No? Pues entonces, nada. (A Juliana que se presenta.) No es nada, Juliana. Sirva usted el café.

PEPÍN (Suplicante.) Caballero... que está usted equivocado.

CAR. ¡Hombre! Ya no es usted tan amable como yo creía. ¿Cómo sabe usted que yo estoy equivocado?

PEPÍN Porque usted ha creído una cosa y es otra?

CAR. ¡Qué pretensiones! ¿Cómo puede usted saber que es otra, si no conoce usted la una?

PEPÍN Le diré a usted.

CAR. (Viendo que Juliana ha servido el café para los dos.) Después, después de tomar el café.

PEPÍN Se lo agradezco mucho, pero...

CAR. ¿Teme usted que le excite? ¿Excita? ¿Verdad que excita?

PEPÍN No, señor, no; yo le asegnro a usted que no es cita.

CAR. Me refiero al café. No es mala medida que se priven de él los nerviosos, pero usted que parece un hombre reposado, tranquilo, inalterable, creo que es un exceso de precaución. En fin... sea... ¿Y decía usted?

PEPÍN Decía, que usted ha creído que yo... que su esposa...

CAR. (Cogiéndole de un brazo y sacudiéndole con cierta violencia, mientras contrasta la acción con el tono que es todo dulzura y amabilidad.) Hábleme de usted. De usted nada más.

PEPÍN ¡Sí, señor! (Dolorido.) Sí, de mí nada más, que yo he venido aquí con un propósito equívoco y... no, no señor... yo he venido...

CAR. A la fuerza, y en vez de equívoco, equivocado.

PEPÍN Eso... usted lo ha dicho... Equivocado.

CAR. Pues mire usted, lo siento y.. ¿Sabe usted por qué lo siento? (Sentándole violentamente.)

PEPIN (Ingenuamente y con alguna esperanza.) ¿Por qué?

CAR. Por el café.

PEPÍN (Rápido y pretendiendo tomarse el café.) No, eso no, porque me lo tomo. ¡Vaya si me lo tomo!

CAR (Conteniéndole.) Le puede a usted sentar mal. Digo que lo siento, (Volviendole a sentar.) porque no es cosa de creer que se invita a una persona que mi mujer me anuncia por teléfono y con la que se cuenta desde antes de empezar a cenar, para que luego resulte que no hay tal persona.

PEPÍN Yo... sí... Estaba antes que usted llegase, pero, créame usted que... no pensaba tomar nada.

CAR. Mala opinión, sin duda, que de mí había formado. Usted no me conoce, ¿verdad?

PEPÍN No, señor; no tengo ese honor.

CAR. Ni ninguno. Y lo que es peor, que quería usted dejarnos a todos igual.

PEPÍN ¡Cómo puede usted creer...

CAR. De usted y de todos los «pollos-tango» de su calaña, cualquier majadería.

PEPÍN Mi situación, caballero, comprendo que se presta a...

CAR. A muy tristes consideraciones, pero yo las hago por el lado opuesto y las encuentro divertidas.

PEPÍN (Con resolución.) Se hará usted cargo de que no puedo seguir... (Tratando de huir.)

CAR (Deteniéndole.) El camino emprendido, porque yo le detengo.

PEPIN (Azorado.) ¿Qué se propone usted?

CAR. Que salga usted como entró.

PEPÍN (Con ingenuidad, señalando la puerta.) Por ahí.

CAR (Después de algún tiempo de duda.) ¿Por ahí? Sí, pero... no ahora.

PEPIN Pues, ¿cuando, caballero?

CAR. ¿Cuando?... Ausente yo de esta casa, entró usted en ella. Ausente he de estar tambien, para que usted salga.

PEPÍN (Con resignación.) Sea.

CAR. Pero le advierto, que no acostumbro a salir de noche, y hasta mañana a las once, estaré en mi casa.

PEPÍN (Cae sobre una silla casi desplomado.) ¡Tenga usted compasión de mí!

CAR La tengo... y premeditada. En esa misma habitación, pasará usted la noche. No muy lejos de nosotros. Para impedir recelos, cerraré por fuera la puerta, y en vista de que esta noche no se ha decidido por el té ni el café, en las primeras horas de la mañana, se le servirá chocolate con mojicones, o con lo que usted se digne indicar.

PEPÍN ¡No sea usted así!...

CAR. (Descorriendo las colgaduras, abriendo las puertas e invitándole con el más fino ademán.) ¡¡Pase usted, trovador de rinconera!! ¡¡Pase usted a la conquista amorosa de las sombras!! ¡¡¡Todas para usted!!! ¡Al fin consiguió su supremo deseo! Entréguese desde ahora al misterioso amor de la obscuridad, en una noche sin igual, cuyo fin lo señalará la claridad indiscreta, filtrándose por las rendijas de la puerta, y para que tengan estos desposorios la grandeza que les da la competencia del amante, le advierto (Dándole la mano y oprimiéndosela mientras que Pepin grita y se retuerce.) que

¡ni un grito!... ¡ni una queja! ¡ni el más leve ruido! (Dándole un puntapié y metiéndole dentro de la habitación.)

PEPÍN (Entrando.) Pero...

CAR. (Cerrando con llave la puerta.) ¡Ni un grito! ¡Ni una queja! ¡Ni el más leve ruido!

ESCENA FINAL

CARLOS y RICARDA, saliendo por donde anteriormente se retiró, seguida de JULIANA

RIC. (A media voz.) ¡Carlos!

CAR. (Cómicamente.) ¡¡Silencio!! ¡Pepín descansa! Esta noche pueden dormir tranquilos los maridos.

RIC (Con tristeza, indicando la habitación donde está Pepín. Pausa.) Pero, ¿y nosotros?

CAR. (Reflexiona y atendiendo la indicación de Ricarda, entrega la llave de la habitación a Juliana, a la que indica por señas que expulse a Pepín.) Nosotros diremos como Crispín en «Los Intereses creados». ¡Quién podrá vencernos, si es nuestro el amor!

(Se retiran abrazados por lateral izquierda, mientras Juliana queda haciendo muecas frente al encierro de Pepín.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta